

Tal vez el aspecto más preocupante de la crisis actual reside en el enfrentamiento entre las diversas culturas.

Hasta no hace mucho tiempo, las grandes civilizaciones se desarrollaban separadamente, gran parte sobre la base de factores endógenos, y sólo ocasionalmente interactuaban en forma más o menos profunda, a través del intercambio comercial, la influencia cultural y religiosa, las migraciones, las guerras.<sup>1</sup>

Hoy, en la aldea global, todas interactúan con todas. A través de los medios de comunicación de masas, penetran en nuestras casas, en nuestros estilos de vida, visiones del mundo diferentes, finalidades y valores contrastantes.

¿Dónde está lo bueno y dónde lo malo? Todo se relativiza.

En las grandes metrópolis, en un espacio físico restringido, coexisten seres humanos con paisajes culturales, puntos de referencia, modelos de vida diversos y aun opuestos.

¿Dónde está el bien y dónde el mal, si lo que es bueno para mí es distinto de lo que es bueno para mi vecino?

Para el Movimiento Humanista en esto reside la magnitud y el significado de la crisis actual.

Creo que no nos será difícil coincidir en que a partir de la presente situación de globalización —y de la que no se puede volver atrás— se abren dos caminos:

- una lucha destructiva entre las distintas culturas para conseguir la hegemonía, en la que finalmente prevalecerá una por sobre las demás, con la consiguiente aparición de una nueva dimensión imperial a nivel planetario,

- o la creación de una nación humana universal, en la que las diferentes culturas puedan convivir, cada una aportando la propia experiencia, la propia identidad, sus colores, su música y su forma de acercarse a lo divino.

Aquí llegamos a otro punto que nos interesa discutir:

¿Cómo puede contribuir el Movimiento Humanista en la construcción de la nación humana universal?

Para nosotros, el humanismo que surge con fuerza en Europa en la época renacentista y que emplaza al ser humano y su dignidad en el centro de todo, no es un hecho exclusivamente europeo.

Ya existía en otras culturas, como por ejemplo en el Islam, India y China.

Claro, se lo llamaba de otro modo, dado que otros eran los parámetros culturales de referencia, pero se hallaba implícito bajo la forma de «actitud» y de «perspectiva frente a la vida».

Por lo tanto, en nuestra concepción, el humanismo resulta ser un fenómeno que surge y se desarrolla en varias partes del mundo y en diversas épocas. Y es por esta razón que puede imprimir una dirección convergente a culturas distintas que actualmente se encuentran forzada y conflictivamente en contacto.

---

<sup>1</sup> Centro de Congresos de la Provincia de Milán. Milán, 15 de noviembre 1997

Pero,...

¿en base a qué indicadores históricos podemos nosotros hablar en estos términos y desarrollar esta interpretación?

¿En qué período se puede hablar de «humanismo» para aquellas culturas que han tenido una historia compleja y extremadamente variada?

A nuestro entender, en todas las grandes culturas de la Tierra es posible reconocer ciertos momentos, que nosotros llamamos «humanistas» y que presentan indicadores precisos.

En tales momentos, el ser humano ocupa una posición central como valor y como preocupación;

- se afirma la igualdad de todos los seres humanos;
- se reconoce y se valora la diversidad personal y cultural;
- se tiende a desarrollar el conocimiento más allá de lo aceptado hasta ese momento como verdad absoluta;
- se afirma la libertad de profesar todas las ideas y creencias;
- se repudia la violencia.

El Movimiento Humanista coloca al ser humano en la dimensión de la libertad.

En esta concepción la conciencia humana no es un reflejo pasivo deformado del mundo material, sino que es fundamentalmente actividad intencional, actividad incesante de interpretación y reconstrucción del mundo material y social.

El ser humano, si bien participa del mundo natural en cuanto posee un cuerpo, no puede ser entendido como un simple fenómeno zoológico, no tiene una naturaleza, una esencia definida, sino que es un «proyecto» de transformación del mundo material y de sí mismo.

El proyecto humano colectivo es, para el Movimiento Humanista, la humanización de la Tierra, es decir, la eliminación del dolor físico y del sufrimiento mental y, por lo tanto, la eliminación de todas las formas de violencia y discriminación que privan a los seres humanos de su intencionalidad y libertad y los reducen a cosas, a objetos naturales, a meros instrumentos de la intencionalidad de otros.

El Movimiento Humanista sintetiza todo esto en la máxima: «Nada por encima del ser humano y ningún ser humano por encima de otro».

Pero se podría objetar:

¿no está acaso Dios por encima del hombre?

¿No es acaso una chispa divina lo que hace al ser humano libre y radicalmente diverso a todos los demás seres animados?

¿Por qué entonces no se coloca a Dios, a la palabra de Dios, a los mandamientos de Dios, por encima del ser humano?

¿No es Dios el centro de todo, como enseñan las grandes religiones?

Para nosotros es muy importante distinguir entre religiones ( con sus libros sagrados, sus teologías, sus ritos y cultos ) y entre espíritu religioso.

El espíritu religioso se ha manifestado en la historia en formas que no coincidían necesariamente con los cánones establecidos y aceptados por las religiones.

Nosotros respetamos a las religiones y las entendemos como caminos para acercarse a lo inefable, pero comprendemos que lo luminoso, lo divino, no se puede reducir a palabras o imágenes humanas.

Sabemos también que la fe —que mueve montañas— no se puede imponer y que ella puede aparecer o desaparecer en distintos momentos de la vida. Y es por ello que aceptamos entre nosotros a ateos y creyentes de todas las religiones.

Quisiera concluir con las palabras de Silo, el fundador del Movimiento Humanista. Se trata de un fragmento de un discurso suyo titulado «El sentido de la vida»:

«... declaro ante ustedes mi fe y mi certeza de experiencia respecto de que la muerte no detiene el futuro, que la muerte, por el contrario, modifica el estado provisorio de nuestra existencia para lanzarla hacia la trascendencia inmortal. Y no impongo mi certeza ni mi fe y convivo con aquellos que se encuentran en estados diferentes respecto del sentido de la vida, pero me obligo a brindar solidariamente el mensaje que reconozco hace feliz y libre al ser humano. Por ningún motivo eludo mi responsabilidad de expresar mis verdades aunque tales fueran discutibles por quienes experimentan la provisoriedad de la vida y el absurdo de la muerte.

Por otra parte, jamás pregunto a otros por sus particulares creencias y, en todo caso, aunque defino con claridad mi posición respecto a este punto, proclamo para todo ser humano la libertad de creer o no creer en Dios y la libertad de creer o no creer en la inmortalidad.

Entre miles y miles de mujeres y hombres que codo a codo, solidariamente, trabajan con nosotros, se suman ateos y creyentes, gentes con dudas y con certezas y a nadie se pregunta por su fe y todo se da como orientación para que decidan por sí mismos la vía que mejor aclare el sentido de sus vidas.

No es valiente dejar de proclamar las propias certezas, pero es indigno de la verdadera solidaridad tratar de imponerlas».

Nada más. Muchas gracias.